

Fernán Caballero y la dialectología andaluza: notas de crítica textual

IGNACIO AHUMADA
Universidad de Jaén

0. Hace ciento cincuenta años que Fernán Caballero publicó *Clemencia* (1852). Se trata de la primera novela del autor editada como libro¹. El glosario que cierra la obra constituye, hasta donde alcanzan mis noticias, el acta de nacimiento de la lexicografía andaluza. Es cierto que nos encontramos sólo ante una colección de 38 voces y que, como en todo vocabulario regional que se precie, se registran entradas de dudosa catalogación dialectal; si, por el contrario, atendemos a los guarismos, no es menos cierto que apenas si podemos comparar esta cifra con los doscientos andalucismos que recoge un siglo antes el *Diccionario de autoridades*. Con todo, este glosario constituye hasta ahora el punto de partida en cuanto tal de la lexicografía regional andaluza².

Esta etapa de nuestra dialectología se cierra, en mi opinión, justo un siglo más tarde, pues de 1952 datan las primeras noticias impresas sobre el magno proyecto de Manuel Alvar: el entonces *Atlas Lingüístico de Andalucía*. En aquel trabajo fundacional que fue la edición del *Cuestionario*, y en relación con la lexicografía regional, alcanzamos a leer:

1. Fernán Caballero, *Clemencia. Novela de costumbres*, Madrid, Imp. a cargo de C. González, Calle del Rubio, núm. 14, 1852. Las novelas de «Fernán Caballero» —seudónimo de Cecilia Böhl de Faber Larrea— anteriores a *Clemencia* habían sido publicadas en los tres años precedentes como folletines de *El Heraldo*, *La España*, *La Ilustración* y el *Semanario Pintoresco Español*.

2. Véase mi trabajo Fernán Caballero, *Tabla en que se expresa el significado de algunas palabras andaluzas*, edición de Ignacio Ahumada, en I. Ahumada (ed.), *Lexicografía regional del español*. VI Seminario de Lexicografía Hispánica, Jaén, Publicaciones de la Universidad, 2004, pp. 73-82.

Estas cifras tan diversas [de entradas en los diccionarios de regionalismos], pero nunca de una riqueza extraordinaria, hacen pensar en una importante aportación por parte de la obra que ahora emprendo: por mucha coincidencia que encontremos con el habla oficial, por poca variedad que haya en las respuestas, las voces que se registrarán han de permitir elaborar un léxico mucho más rico que los dialectales de que disponemos (Alvar, 1952: v).

La etapa verdaderamente científica en el estudio de las hablas andaluzas parte de los trabajos publicados a raíz de las investigaciones de Manuel Alvar. Quede, pues, este exordio como prueba de reconocimiento a su portentosa labor en el campo de la dialectología.

1. En las páginas que siguen expongo algunos de los problemas que plantean los textos de Fernán Caballero como fuente de información dialectal sobre el habla de los andaluces de la primera mitad del siglo XIX.

Angélica Palma, en su biografía sobre Fernán Caballero, recrea el disgusto que «los arregladores de sus escritos» provocaban en el autor:

Convencida [Cecilia Böhl de Faber] de que al escribir hacía algo inaudito en mujer y, por lo mismo, muy expuesto a errores, suplicaba a sus amigos, con la candidez de una niña, ella, que empezó a publicar después de los cincuenta años, que corrigieran sus trabajos; hacíanlo ellos con autorización unas veces, otras sin ella, y siempre mal, pues eso ocurre con pensamiento y expresión ajenas, y entonces venían las quejas y lágrimas amargas de que están salpicadas las cartas de Fernán.

— ¿Por qué Fulano (Fermín de la Puente, Mora, cualquier otro) ha puesto ésto, cuando yo escribí aquéllo? —gemía desesperada y sin decidirse a la queja directa por temor de ofender a sus amigos.

Las erratas de que veía plagados sus libros la sacaban de quicio, con harto motivo [...] (Palma, 1931: 211-212).

En realidad, las dificultades intrínsecas a los textos de Fernán Caballero no solo tienen su origen en «los arregladores de sus escritos», recaen en parte tanto en la competencia lingüística del autor como en la realidad dialectal que le rodeaba (el español hablado en las provincias de Sevilla y Cádiz).

No debemos olvidar, en este sentido, algunos aspectos que resultarán definitivos en el estilo de nuestro autor. En primer lugar hemos de tener en cuenta su estancia de ocho años (1805-1813) en Alemania: cuando contaba con solo nueve años de edad se traslada con su

familia a Görslow (Mecklemburgo); durante esta etapa de su formación su educación estará a cargo de una institutriz belga, en un principio, y, posteriormente, del colegio francés de Hamburgo (cf. Herrero, 1963: 46-48). A ello hay que sumar el escaso dominio que pudiera tener del español a su regreso a Cádiz en 1813³. Aún en 1845, en carta dirigida a Nikolaus Heinrich Julius, declaraba que no empleaba el español en sus narraciones por tratarse de un idioma demasiado «rígido» y «poco flexible» para el género novelesco (cf. Heinermann, 1944: 49 y 116, n. 1)⁴. Por lo tanto, no estará de más recordar que las primeras versiones de *Sola* (1840) y *La familia de Alvareda* (1849) estaban redactadas en alemán, en tanto que *La gaviota* (1849) y *Elia* (1849) lo estuvieron en francés.

En el otro extremo del segmento nos encontramos con el interés del autor por el habla popular y dialectal. No debió tener buena acogida entre los críticos el empleo frecuente de expresiones populares y dialectales en los primeros escritos de Fernán Caballero. No se justificaría del todo, en este caso, la insistencia del autor y sus incondicionales en defender a ultranza este recurso como una de las bondades de su estilo⁵. El repaso de la correspondencia de Fernán Caballero y el estudio de algunas de sus obras hacen pensar que incluso fueran mucho más abundantes las noticias sobre estos aspectos de la variedad lingüística andaluza, recursos que, por otra parte, nada tenían de novedosos en la literatura española.

A la primera oportunidad firme que se le brinda —la publicación como libro de su primera novela, *Clemencia*—, Fernán Caballero va a justificar lo que se le reprocha. Acude para ello nada menos que a la autoridad de Walter Scott: el más admirado novelista de la época «tiene diálogos enteros en dialecto escocés, lo que nadie, que sepamos, ha motejado al ilustre novelista» (Fernán Caballero, 1852: XVI).

3. «Cecilia es aún [1822] casi una alemanita. Incluso el idioma español, que nunca manejará correctamente, lo escribe tan mal que usará el alemán y el francés en sus composiciones literarias; las más antiguas de sus cartas atestiguan también, con sus curiosos giros, el deplorable castellano de la marquesa en esos primeros años de su vida sevillana» (Herrero, 1963: 152-153).

4. Un ejemplo más: la copia manuscrita que conserva la familia Osborne de *La familia de Alvareda* (Rodríguez-Luis, 1979: 61-62) presenta algunas correcciones de puño y letra de Fernán Caballero. La más extensa de todas ellas está escrita en francés. Para el editor la nota no pudo redactarse antes de 1840 (íd.: 215).

5. Antonio Aparisi Guijarro, a quien Fermín de la Puente y Apecechea —amigo de Fernán Caballero— había solicitado el prólogo para uno de los tomos a la primera edición de las obras de nuestro autor, escribía en 1957 cuando se refería a *Un servilón y un liberalito*: «Y habla perfectamente la lengua del pueblo, en lo cual no sé quien le lleve ventaja. Y sabe la lengua de lo que llamamos *culta sociedad*, en la cual no le conozco rival, ni entre los mejores (Aparisi, 1906: 345).

Durante la impresión de esta misma novela, a cuyo cargo estuvo Juan Eugenio Hartzenbusch, insiste en que «cada palabra subrayada deberá imprimirse en letra bastardilla. No deberán omitirse las faltas de pronunciación que llevan algunas palabras, porque están escritas expresamente y con intención (*apud* Heinermann, 1944: 139, n. 1).

Considero de interés, pues, para el conocimiento de la variedad andaluza del español, durante la primera mitad del siglo XIX, la revisión de los textos de Fernán Caballero en los que, bien de forma natural bien como recurso literario, emplea el español usado en Andalucía. Para ello es de fundamental importancia la revisión de parte de su correspondencia así como el estudio contrastivo de algunas páginas de sus novelas donde sus tipos pretenden reflejar el habla popular de Andalucía.

2. Junto a Juan Nicolás Böhl de Faber y Francisca Larrea, sus padres, fue J.-E. Hartzenbusch una de las personas más decisivas en la carrera literaria de Fernán Caballero. Nuestro autor había heredado de sus padres el interés por la cultura popular en sus más diversas manifestaciones; de J.-E. de Hartzenbuch, por el contrario, habría de recibir el suficiente grado de confianza para que se decidiera a publicar sus escritos, y esto independientemente de las circunstancias adversas que rodeaban la vida de Fernán Caballero cuando el dramaturgo madrileño llegó al Puerto de Santa María para hacerse cargo de la biblioteca de J.-N. Böhl de Faber. Corría el año 1849.

Un preciado testimonio de su español lo constituye, en este sentido, el más de medio centenar de cartas dirigidas a J.-E. Hartzenbusch. El valor de las mismas no radica solo en el empleo de la lengua ajustado a un determinado tipo de texto —en este caso, a un texto no literario—, sino además en la pulcritud y en el rigor con que fueron editadas por Theodor Heinermann en 1944. Las cartas se corresponden con la etapa de revelación y consolidación de Fernán Caballero como novelista (1849-1869)⁶.

Cabe destacar ahora, antes de conocer los datos de interés que nos proporcionan las cartas, el reconocimiento explícito del autor sobre

6. Por razones que se irán viendo a lo largo de este trabajo, solo voy a ocuparme de este epistolario, pero no debe olvidarse el interés que guarda el resto de la correspondencia de Fernán Caballero: Morel-Fatio, 1901; Fernán Caballero, 1912; Valencina, 1919; López Argüello, 1922; y Montoto, 1961, entre las colecciones de cartas más extensas.

determinadas dificultades en el arte de contar, aunque más bien se trata de un reconocimiento implícito de ciertas dificultades idiomáticas. El efecto más inmediato al asumir esta realidad no es otro que solicitar la revisión de sus textos; el autor confía sus narraciones a los «arregladores de textos»:

El bondosísimo (*sic*)⁷ elogio que hizo Ochoa de mi *Gaviota* me animó a concluir una [novela] que pronto saldrá a la luz. Se llama *Lágrimas* o *La España actual*, que me ha costado mucho trabajo ¡Quién tubiese (*sic*) buen language (*sic*)! ¡Nada puede parecer bien en mal language (*sic*)! (Fernán Caballero, 28.12.1849; *apud* Heinermann, 1944: 108).

Mucho placer he tenido en leer *Quien es ella* [de Bretón de los Herberos]. Eso si es español genuino, esto es ser español perfecto, sin el más mínimo sabor transpirenánico, ese sello muchos lo pretenden en sus obras, pero nadie lo logra como Bretón (Fernán Caballero, 15.02.1850; *apud* Heinermann, 1944: 115).

Lee, me dice Antonio [Arrom, su marido], trozos de Hartzenbusch para aprender a escribir pura y castisamente (*sic*). ¡Cómo si eso se aprendiese tan fácil! No le parece, y es obstante (*sic*) el español, más difícil y sobre todo más severo que lo son el alemán y el francés. Aunque *piense* regular siempre escribiré mal, y lo siento porque el mérito de un bello language (*sic*) es incalculable, es el colorido de un cuadro, si es malo, aunque las líneas del dibujo sean malas, será chapuz (Fernán Caballero, 28.12.1849; *apud* Heinermann, 1944: 108).

La parte de *ideas* va a paso redoblado, pero el vestirlas, el buscar frases, períodos, palabras, es un terrible trabajo para mí. ¡Dios mío, qué hacen ustedes para parir sus ideas como Jupiter a Minerva, vestida y calzada con propiedad y elegancia! ¡Yo no puedo! Las mías nacen como las palomas del huevo, sin una pluma, para ponérselas, por malas que sean, y echarlas a volar. ¡Dios sabe lo que me cuesta! (Fernán Caballero, 24.04.1850; *apud* Heinermann, 1944: 120-121).

Su actitud, por el contrario, es bien distinta ante la representación del habla popular y dialectal. En este terreno Fernán Caballero se sentía mucho más seguro, pues era consciente de la fidelidad con que había tomado los textos. En más de una ocasión expone el rigor con que procuraba anotar cuanto oía a los campesinos y a las mujeres andaluzas. De aquí que no nos sorprendan temores como el que sigue:

Si en la *Familia Alvareda* (*sic*), que aún no he visto, ha seguido Fernán [de la Puente y Apezechea] el mismo sistema; si ha hecho pulcro

7. A partir de *bondad* ha formado *bondoso* (p. 141), *bondosa* (pp. 162 y 195) y este *bondosísimo* (p. 108). En la primera edición de *Clemencia* emplea *bondoso*, voz que en la segunda edición de 1857 pasa a ser *bondadoso*, tal como se consolida en las ediciones al uso.

y académico el lenguaje de las gentes del campo andaluzas, que yo he aprendido con tanto estudio y tanto *amore*, ¡mi novela está perdida! ¡el que es escritor debe comprender el inmenso dolor que contienen estas palabras! (Fernán Caballero, 30.08.1856; *apud* López Argüello, 1922: 69).

En consecuencia, pues, las cartas nos proporcionarán una mayor riqueza de información lingüística que los textos literarios. En tanto los primeros representan la espontaneidad controlada de Fernán Caballero, el verbo fluido y natural de su español con todo su acervo cultural y plurilingüe, los textos literarios, al haber pasado por las manos de «los arregladores», se convertirán solo en la expresión de un estilo literario concreto y, cómo no, en la expresión de tantas y tantas locuciones y voces populares recogidas por Fernán Caballero en los pueblos andaluces.

3. Independientemente de aquellas grafías cuya justificación radique en su poliglotismo, no deja de causar sorpresa la escritura sistemática de *hoja* (de papel) sin *h*: *oja* se localiza hasta siete veces en la primera etapa de su correspondencia con J.-E. Hartzzenbusch (1849-1853). Porque cosa bien distinta es mantener aún la grafía *x* para el fonema /x/ cuando desde 1815 la Academia lo representaba por *j*: *dexemos* (p. 88), *exemplares* (p. 88), *paradoxas* (p. 118) o *floxa* (p. 167), a excepción de *g* (*e,i*) por razones etimológicas.

Un mayor dominio de la lengua francesa que de la española valdría para justificar a estas alturas (1849-1853) su inseguridad en el empleo de *b* y *v* en voces como *avril* (pp. 74 y 83), *dever* (p. 83 y *pássim*) o *recivir* (p. 91 y *pássim*), así como *questión* (p. 96) o *idealisar* (p. 115). La abreviatura de *san*, en otro orden de cosas, es siempre *s.t.*: *S.t Juan*, *S.t Pablo* (p. 163) o su lugar de residencia *S.t Lúcar* (p. 118 y *pássim*). No podían faltar, como por otro lado era evidente, galicismos léxicos como *succeso* ‘éxito’ (p. 71) o *apropós* ‘ocurrencia, chispa’ (p. 152).

En esa línea donde lo popular y lo vulgar se unen, nada más característico en la prosa descuidada de Fernán Caballero que la alteración del orden en la secuencia de los pronombres átonos *se* + *me*: *se me olvidó* > *me se olvidó*. De la misma manera que en sus novelas la alternancia de ambas fórmulas delatan a la par la intervención y el descuido de «los arregladores», en su correspondencia con J.-E. de Hartzzenbusch la regularidad es la nota dominante: «¿Cómo *me se* había de pasar por alto?» (p. 148), «Puede que en el manuscrito *me*

se pasase el corregir la atroz falta» (p. 155), «*Me se olvidaba decir a V...*» (p. 181), etc.⁸. A ello habría que añadir expresiones como *cualquiera* (p. 181) por *cualquiera* o *traducí* (p. 223) por *traduje*. Y en el aspecto léxico, registros como «a esa edad los males *se sacuden pronto*» (p. 231) o «será tan mutilada [*La gaviota*] que *no la conocerá la madre que la parió*» (p. 81).

Si centramos ahora nuestra atención en los aspectos estrictamente dialectales, destacan sobremanera las noticias de carácter léxico sobre las de cualquier otro tipo⁹. Valga como primera nota el empleo del subjuntivo con valor de imperativo en la fórmula apelativa *cate usted* (p. 89 y *pássim*) por *mire usted*, de uso en sus novelas en boca de personajes y tipos de condición acomodada. Y como claros andalucismos localizamos *mudada*¹⁰ ‘mudanza’ y *londra* ‘calandria’, voz —esta última— lexicalizada hoy (cf. Alvar Ezquerro, s. v.).

4. Para José Fernández Montesinos los textos de Fernán Caballero apenas si guardan interés dialectal:

Fernán Caballero, como todos los autores andaluces de su tiempo, sin excepción, rechaza el empleo del lenguaje rústico, del que apenas recoge alguna levísima inflexión para dar sabor popular al diálogo. Quizá pensaba que este poco que de rusticidad ponía colmaba ya todas las medidas; quizá fue incapaz de oír, como tantas gentes de su tiempo, las diferencias entre uno y otro lenguaje. Quedamos estupefactos al leer en el prólogo de *La familia de Alvareda*: «El lenguaje, salvo aspirar las *h* y suprimir las *d*, es el de las gentes de campo andaluzas» ¡A esto quedaba reducida la fonética andaluza para Fernán Caballero, cuya propia habla, según manifiestan sus cartas, y aún sus primeros escritos, era fuertemente dialectal! (Montesinos, 1961: 97-98).

Aquí la mano de «los arregladores». En *La familia de Alvareda*, como bien dice J. Fernández Montesinos, se salva la riqueza dialéc-

8. Debo destacar el empleo etimológico, como era y es usual en Andalucía, de los pronombres átonos *le*, *la* y *lo*. Apenas si se desliza un caso de laísmo en las 59 cartas estudiadas: «Era una sencilla carta que le escribí [a Fermín Puente] y *la* ha puesto un título que me deja muerta el leerlo» (p. 219). En sus obras, por el contrario, «los arregladores de textos» vuelven el empleo etimológico de *lo* complemento directo en flagrantes casos de leísmo académico.

9. Por lo que hace al nivel fónico, el rasgo más destacado se presenta en la alternancia gráfica que provoca ya el seseo ya ceceo, característicos ambos del ámbito dialectal en que se desarrolló el autor (la provincia de Cádiz, la ciudad de Sevilla y el pueblo de Dos Hermanas): *sejas* (p. 81) por *cejas*, *alcances* (p. 97) por *alcances*, *remosado* (p. 126) por *remozado*, *resagados* (p. 139) por *rezagados* y *almeses* (p. 168) por *almeces*; y en cuanto al ceceo: *poetizas* (pp. 177 y 223) por *poetisas*, *incertar* (pp. 204 y 224) por *insertar* y *concecuente* (p. 217) por *consecuente*.

10. *Mudada* (p. 27) lo emplea en la correspondencia que mantuvo con Manuel Cañete y José Fernández Espino, fundadores de la *Revista de Ciencias, Literatura y Arte* (1855-1861); cf. López Argüello, 1922.

tal del español hablado en Dos Hermanas (Sevilla) con esa breve y empobrecedora nota¹¹; sin embargo, tampoco debemos olvidar lo que hasta ahora se ha reseñado en estas páginas: «los arregladores de textos» y la falta de manuscritos que nos permitan comprobar cómo era realmente el uso del español que pretendía reflejar Fernán Caballero en boca de los campesinos andaluces. Habría que añadir ahora —y es este el camino que vamos a seguir— los testimonios que nos pueden reportar las primeras ediciones, pues basta cotejar los textos del folletín con los correspondientes a la primera edición de las obras completas (Madrid, Establecimiento Tipográfico de Mellado, 1856 y sigs.) para comprobar las diferencias tan notables que en lo dialectal mantienen unos textos y otros porque, si bien los primeros habían sido pulidos sobremanera, los segundos gozaron de una uniformidad que haría temblar —y de hecho fue así— al mismo Fernán Caballero (cf. López Argüello, 1922: 69)¹². Para conocer las variantes de las que hablo y ver cómo se han fijado definitivamente los textos de Fernán Caballero limados de su cuño original, voy a presentar, además del comentario de algunas noticias dialectales, el cotejo de aquellos capítulos de *Clemencia* con mayor riqueza dialectal.

5. Las razones que han primado para escoger *Clemencia* como objeto de estudio son, entre otras, las siguientes: (1) se trata de la primera novela mayor del autor publicada como libro, esto es, no existe una primera versión en folletín como ocurre con *La Gaviota*, *La familia de Alvareda*, *Elia* o *Lágrimas* (1850); (2) nos es conocido el proceso de revisión e impresión del manuscrito a cargo de J.-E. Hartzenbusch, todo ello a través de la correspondencia editada escrupulosamente por Th. Heinermann; y (3) se trata, desde el punto de vista dialectal, de la novela que mejor y más abundantemente nos proporciona datos de interés sobre el habla popular andaluza.

11. Desde el punto de vista fonético *La familia de Alvareda* es la menos dialectal de las novelas mayores de Fernán Caballero, y ello porque esa nota sobre la pérdida de *-d-* intervocálica y la aspiración de *h-* en posición inicial e interior de palabra lo excusa de serlo; sin embargo se deslizan un *indigno* (I, 4: 89) por *indigno* y un *encendio* por *encendido* en la definición que un aperador hace de *rayo*: «en pedazo del aire *encendio* y la ira de Dios que le va rempujando» (II, 1: 118). Habría que añadir *ma[dr]e María* y *ma[dr]e Ana* (*pássim*). En cuanto a información morfosintáctica y léxica está a la altura de las restantes novelas.

12. En *La Gaviota*, por ejemplo, se localizan textos con la transcripción de los mismos fenómenos que se evitan en *La familia de Alvareda*: «El demonio que acierte de qué hechizo se ha valido esa aguamala para cortarle a usted y a don Federico el ombligo. ¡Mire usted una gaviota *leía* y *escribía!* ¿Quién ha visto eso? Así es que esa gran *jaragana*, que no cuida de otra cosa en todo el día sino de hacer gorgoritos como el agua al fuego» (I, 12: 146).

Desde las primeras líneas Fernán Caballero justifica el empleo de la modalidad dialectal. Como ya he señalado arriba «Walter Scott tiene diálogos enteros en dialecto escocés, lo que nadie, que sepamos, ha motejado al ilustre novelista» (p. XVI). El autor quiso echar mano de una autoridad como esta por razones que no escapan a nadie, pero no es menos cierto que muy próximo a él contaba con avales suficientes para justificar su decisión. Me refiero al sainetero gaditano —amigo de la familia Böhl de Faber y Larrea— José Ignacio González del Castillo (1763-1800) y al poeta malagueño Tomás Rodríguez Rubí (1817-1890); ambos supieron también trasladar a sus obras con fidelidad e ingenio el modo de hablar castizo de los tipos más populares de Cádiz y Málaga, ambos supieron trasladar a sus versos tanto la pronunciación como el léxico más característico y diferenciador de estas dos provincias andaluzas.

La relación de J.-E. Hartzenbusch y Fernán Caballero —según se ha expresado ya— se inicia a raíz de la adquisición de la biblioteca Böhl de Faber por parte del Estado español. El dramaturgo de origen alemán, a la sazón un alto funcionario de la Biblioteca Nacional, se desplazó hasta el Puerto de Santa María en 1849 para ejecutar la adquisición. La ocasión fue más que propicia para conocer los inéditos de nuestro autor. A él se debe precisamente la vinculación de Fernán Caballero al *Semanario Pintoresco Español*. Desde este mismo año las colaboraciones se sucederán permanentemente y siempre bajo la revisión del dramaturgo. Bastaron dos años de amistad para que Fernán Caballero se atreviera a pedir a J.-E. Hartzenbusch que solo daría a la luz *Clemencia* si fuera él quien se ocupara de revisar el original y las pruebas correspondientes:

Necesitaría un padrino que cuidase de ella [*Clemencia*], éste tendría que ser una persona no sólo inteligente, culta y que cuando fuese necesario enmendase la plana no sólo a los cajistas, sino a Fernán que lo necesita bastante, sino de mi amistad y simpatía, todas cosas que se reúnen en V. (Fernán Caballero, 01.03.1852; *apud* Heinermann, 1944: 130)¹³.

Ahora bien, en el aspecto dialectal debe atenderse a lo escrito y no tratar de enmendar el modo de hablar de los andaluces:

13. Valga como ejemplo de corrección benévola de J.-E. Hartzenbusch la siguiente: ya en la imprenta *Clemencia*, el autor envía un tercer lema para su novela: «Le style vient des idées et non des mots» (Balzac). El novelista había traducido *vient* por *viene*. El dramaturgo corrige acertadamente al traducir *vient* por *nace* (Heinermann, 1944: 138).

En cuanto a advertencias las que tengo son estas: cada palabra subrayada deberá imprimirse en bastardilla. No deberán omitirse las faltas de pronunciación que llevan algunas palabras porque están escritas así expresamente y con intención (Fernán Caballero, 13.05.1852; *apud* Heilmann, 1944: 139).

Con todo, las correcciones fueron muchas más de las esperadas. El mismo glosario que acompaña la obra es prueba sobrada de lo que digo: las voces *cancharruda*, *paripé* y *turraco*, recogidas en su macroestructura, fueron sustituidas en el original por las correspondientes paráfrasis¹⁴.

6. Ninguna otra parte como la segunda de *Clemencia* para apreciar las noticias dialectales que nos aportan sus páginas. En tanto la primera y tercera partes se desarrollan en un ambiente aristocrático y burgués, la segunda tiene lugar en el pueblo de Villa-María, en la casa del más acaudalado de los vecinos, a su vez mayorazgo y suegro de Clemencia: don Martín Ladrón de Guevara.

Julio Rodríguez-Luis, en su edición de *Clemencia* —hoy por hoy la más apreciada—, anota con respecto al orden de los pronombres *se + me* y *se + te* que la edición de 1862 corrige el vulgarismo *me + se* y *te + se* (1984: 99, n. 41) cuando, como sabemos, era usual en el español escrito de Fernán Caballero. De igual manera corrige vulgarismos como *dispertarlo* (1852: II, 7, 263) por *despertarlo* (1984: 228), *trajieses* (1852: II, 9, 273) por *trajeses* (1984: 238) o bien la formación analógica *huéspedas* (1852: I, 11) por *huéspedes* (1984: 152) cuando se refiere solo a mujeres. La fórmula lexicalizada —en otro orden de cosas— *aguilando* (1852: II, 10, 287), de uso en toda Andalucía¹⁵, se ha vuelto desde la edición de 1857 en *aguinaldo* (1984: 247); o, por el contrario, *pavea de albejones* (1852: II, 10, 290) ya en 1857 es *parva de arvejones* (1857: 282) y pasa a ediciones posteriores con esta misma factura (cf. 1984: 249): «Vaya usted muy con Dios, tía espantajo, con esa cara que siempre parece que está probando vinagre, y esa cabeza erizada que parece una *pavea de albejones* (*sic*)». El dicho vuelve Fernán Caballero a incluirlo en su obra póstuma *Cuentos, oraciones, adivinas y refranes populares e infantiles*

14. J.-E. Hartzbusch era partidario de acomodar el español de nuestros clásicos al español de su tiempo. Las ediciones que tuvo a su cargo adolecen de este defecto, lo que le valió la severa crítica de R.-J. Cuervo (1955: 68-70). El escasísimo rigor filológico en la edición de nuestros clásicos daba cuenta del retraso científico por el que atravesaba la filología española decimonónica.

15. Y de ahí *aguiladero* 'hermano de la cofradía de las ánimas' (Alcalá, 1998: s. v.).

(Madrid, 1877): «Parece tu cabeza una *pavea de alverjones*. *Pavea* ‘haz, gavilla’ es voz propia de la Andalucía occidental (cf. Alvar Ezquerro, s. v.).

La breve muestra que precede, a pesar de la revisión de J.-E. Hartzenbusch, otorga un mayor carácter dialectal a la primera edición de *Clemencia* que a las posteriores. Era la prosa de Fernán Caballero, descuidada en ocasiones, fiel en muchas más al habla popular andaluza, y esto lo ponen de manifiesto los diálogos que mantiene el hacendado del lugar —don Martín Ladrón de Guevara— con la gitana pedigüeña (II, 3) y la tía Latrana (II, 6 y II, 10): *entepá* por *gente de paz*, *guarda(d)ita*, *albajaca*, *jermosa*, *repanchinga(d)o*, *respinga(d)o*, *abujado*, *abulaga*, [galera] *despalmáa*, *jastial*, etc., etc., etc.

Vaya, por último, en un registro más elevado la lexicalización de la locución interjectiva *Por vida de...* en *Por vía de...*, siempre en boca de don Martín Ladrón de Guevara: ¡*Por vía del atún salado!* (1984: II, 1, 172 y *pássim*), *de la chiquilla desvergonzada!* (íd.: II, 3, 191), *del dios Baco!* (íd.: II, 5, 206 y 207), *del demonio malo!* (íd.: II, 5, 208) *de sanes!* (íd.: II, 6, 212 y 223), *del Chápiro Valillo!* (íd.: II, 8, 233), o bien en boca de doña Eufrasia, viuda del coronel Matamoros: ¡*Por vía de los moros de Berbería!* (íd.: I, X, 148).

De los pronombres de tratamiento merece especial mención el empleo de *su merced* en boca de rústicos: Gertrudis, la casera de la playa, cuando se dirige a las hijas de la marquesa de Cortegana: «pero ya veo que tienen *sus mercedes* buen corazón y buenas entrañas» (1984: I, 12, 159), o bien los arrieros que pretenden comprarle la cosecha de garbanzos a don Martín: «Señor don Martín, se puso su merced las botas hogaño» (1984: II, 1, 167). Y así es el tratamiento de la tía Latrana hacia don Martín.

Especial cuidado puso siempre Fernán Caballero en el léxico dialectal¹⁶, así como en el pretendidamente dialectal, ya que parte de las voces que incluye en el glosario que cierra *Clemencia* eran entonces

16. Entre otros ejemplos valgan los que siguen tomados de *La familia de Alameda*: «A la derecha e izquierda de la puerta de entrada había dos habitaciones o *partidos*, según la expresión (*sic*) de la tierra, iguales» (I, 2: 80). En el manuscrito que conservan los herederos de Fernán Caballero, y que J. Rodríguez-Luis trasladó parcialmente como apéndice a su edición, podemos leer: «Elvira salió con los niños. Perico los siguió con la vista. Los llevó al cuarto pequeño junto a la alcoba de sus padres, pues Perico y Rita habitaban la otra mitad [arriba, en letra de Fernán: *partido*]» (p. 216); además, «Hace años que en la *casa de junto* vivía una muger (*sic*) que, aunque nunca me gustó, eran tantas las pruebas de amistad que me daba que, aun contra mi voluntad, llegó a intimarse conmigo» (p. 222).

voces de empleo general, registradas como tales en los diccionarios al uso: *abuhado* ‘hinchado’, *arrapiezo* ‘despreciable’, *chirlar* ‘hablar atropelladamente’, etc., si bien algunas de ellas, como *arrufar* ‘dar alas’ o *monfi* ‘moro salteador de caminos’, estaban consideradas claros arcaísmos léxicos en el resto del español peninsular. Esto en nada desmerece la capital importancia de toda su obra para el conocimiento y estudio del léxico histórico de las hablas andaluzas. Por lo que hace al glosario: casi el 70% de las entradas no es posible localizarlo en los diccionarios generales de la época: *aciguatado* ‘parado, alicaído’, *ayuncar* ‘trabajar’, *cancharruda* ‘[persona] chica y gorda’, *carajola* ‘calavera de animal’, etc. (cf. Ahumada, 2004: 69).

Andalucismos sin tacha a los que habría que añadir, entre otros —y solo para dar una idea de la riqueza léxica que atesora esta obra en concreto— *colar* ‘pasar’: «Pues alma de escribano no entra en el cielo, *cuela* tú sólo» (1984: II, 10, 252); *curro* ‘elegante’: «Pablo, vestido de majo, estás hecho un *curro*; pero con el friqui fraque pareces un alguacil de Sevilla» (íd.: II, 3, 187); *destrozo* ‘despojos de la cabeza del cerdo’: «Veíanse en ella, puestos sobre redondeles y repartidos por el suelo en iguales porciones, los *destrozos*, el tocino y las morcillas de ocho puercos cebados (íd.: II, 10, 245); *encalmar* ‘hacer bochorno, calor sofocante’: «El que no tiene sombrero se *encalma*» (íd.: II, 10, 250); *espigorrillo* ‘espiga de pocos granos’: «¡Si viera su mercé qué mala está mi hacecilla de cebada! No tiene espigas, sino *espigorrillos*» (íd.: II, 9, 239); *monicaquería* ‘tontería’: «No ha muchos años que andaba uno tras de mí que bebía los vientos; yo estaba a tres bombas con él, hasta que un día pensé: basta de *monicaquerías*; sabes que tengo malas pulgas y que no me he de morir de un cólico cerrado...» (íd.: I, 10, 146); *orozuz* ‘regaliz, oroduz’: «En estas ocasiones venía indefectiblemente provisto de caramelos de goma, de pastillas de malvavisco y de palitos de *orozuz* que ofrecía a las señoras (íd.: I, 6, 113); *pluma* ‘truhán, pillo’: «Eufrasia, hija mía, por Dios, calla esto, que no se trasluzca que yo lo sé, hasta que diga mi hermana lo que se ha de hacer, ¡qué *pluma*! ¡qué niña! (íd.: I, 10, 148); *telera* ‘tipo de pan’: «Señor, había allí unas *teleritas* más tiernecitas, y cogí una» (íd.: II, 10, 248); *temporil* ‘trabajador del campo sólo por temporadas’: «Esto han mandado las mujeres del yeguarizo y del *temporil*» (íd.: II, 10, 249); y *tirilla* ‘cuello de vestir postizo’: «Qué le hace [a Pablo] que no sepa estirarse los picos de la *tirilla*, hacer el *rendibú* a la francesa, que no se ponga potingues en la cabeza...» (íd.: II, 7, 223).

No es necesario insistir en la riqueza fraseológica que guardan las hablas andaluzas y el reflejo que de ello hay en *Clemencia*: «¡Ea! *Coja usted dos de luz y cuatro de traspón*» (íd.: II, 10, 249), esto es, ‘*márchese*’¹⁷; *hablar por la reja* ‘cortejar’ (íd.: I, 10, 148); *no morir de un cólico cerrado*¹⁸ ‘hablar descaradamente’ (íd.: I, 10, 146); o *estar a tres bombas* ‘estar muy furioso’ (íd.: I, 10, 146), entre otras muchas.

7. Los problemas de crítica textual, ante la falta de los originales —incluso con ellos delante— y la mano de «los arregladores», persistirán; por el contrario, es innegable el valor dialectal que, con las debidas precauciones para el nivel fónico, presentan tanto la obra narrativa como de recopilación folclórica que nos ha legado Fernán Caballero.

Son problemas que irán ligados de manera permanente a la obra que nos ocupa, la cual si cabe se vuelve más compleja tras la muerte del autor. Un año después (1878), junto a la primera biografía de Fernán Caballero, Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca da a la luz *Estar de más* (relación) y *Magdalena*¹⁹ (obra inédita). En la Biblioteca Nacional, perteneciente al legado de J.-E. Hartzbusch, se conserva un ejemplar de esta primera edición. Nada más abrir sus páginas y leer los primeros párrafos encontramos marcadas las siguientes voces en los siguientes contextos: «El gran patio de este palacio está *enchinado*» (pp. 9-10), «Fue cordialmente *acogido* [don Ignacio Arana con su mujer y su hija] esta familia» (p. 12), «[Don Justo] no se había *inmiscuado* en política» (p. 16), «[Doña María Josefa] vestía un vestido de *buena percal*» (p. 17), etc., etc., etc.

17. Aún se emplea en pueblos y ciudades andaluzas la locución *darse el dos* ‘marcharse’.

18. Tengo registrado en el español de Jaén *No morir de una apostema*.

19. Tantas veces como Fernán Caballero se refirió a esta obra inédita, tantas veces la nombraba al modo popular: «Madalena».

BIBLIOGRAFÍA

- Ahumada, Ignacio (2004): «El valor de las fuentes escritas en la lexicografía regional: Fernán Caballero y su interés para la lexicografía histórica andaluza», en I. Ahumada (ed.), *Lexicografía regional del español. VI Seminario de Lexicografía Hispánica*, Jaén, Servicio de Publicaciones de la Universidad, pp. 57-82.
- Alcalá Venceslada, Antonio (1998): *Vocabulario andaluz*, estudio preliminar y ed. por Ignacio Ahumada, Jaén, Publicaciones de la Universidad-CajaSur.
- Alvar, Manuel (1952): *Atlas Lingüístico de Andalucía. Cuestionario*, Granada, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada-Seminario de Gramática Histórica.
- Alvar Ezquerro, Manuel (2000): *Tesoro léxico de las hablas andaluzas*, Madrid, Arco/Libros.
- Aparisi y Guijarro, Antonio (1906): «Prólogo», en Fernán Caballero, *Obras completas* (1857), Madrid, Tipología de la Revista de Archivos, VII, pp. 341-350.
- Cuervo, Rufino José (1955): *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* [1914], Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- «Fernán Caballero» (1852): *Clemencia*. Novela de costumbres, Madrid, Imp. a cargo de C. González, Calle del Rubio, núm. 14.
- «Fernán Caballero» (1878): *Estar sola (relación) y Magdalena (obra inédita)*, precedidas de una noticia biográfica escrita por el excelentísimo señor don Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, Sevilla, Imprenta de Gironés y Orduña.
- «Fernán Caballero» (1912): *Obras completas. Epistolario*, XIV, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos.
- «Fernán Caballero» (1979): *La familia de Alvareda* [1849], ed., introd. y notas de Julio Rodríguez-Luis, Madrid, Clásicos Castalia.
- «Fernán Caballero» (1984): *Clemencia* [1852], ed., introd. y notas de Julio Rodríguez-Luis, Madrid, Clásicos Castalia.
- «Fernán Caballero» (1990): *La Gaviota* [1849], ed., introd. y notas de Carmen Bravo-Villasante, Madrid, Clásicos Castalia, 3.ª ed.
- Herrero, Javier (1963): *Fernán Caballero. Un nuevo planteamiento*, Madrid, Gredos.
- Heinermann, Theodor (1944): *Cecilia Böhl de Faber (Fernán Caballero) y Juan Eugenio Hartzenbusch. Una correspondencia inédita*, Madrid-Stuttgart-Berlín, Espasa-Calpe-W. Kohlhammer.
- López Argüello, Alberto, ed. (1922): *Epistolario de Fernán Caballero. Una colección de cartas inéditas de la novelista*, Barcelona, Sucesores de Juan Gili.
- Montesinos, José [Fernández] (1961): *Fernán Caballero. Ensayo de justificación*, Berkeley-Los Ángeles, University of California.

- Montoto, Santiago (1961): *Cartas inéditas de Fernán Caballero*, Madrid, S. Aguirre Torre.
- Montoto, Santiago (1969): *Fernán Caballero. Algo más que una biografía*, Sevilla, Ed. Gráficas del Sur.
- Morel-Fatio, Alfred (1901): «Fernán Caballero d'après sa correspondance avec Antoine de Latour», *Bulletin Hispanique*, III, pp. 252-294.
- Palma, Angélica (1931): *Fernán Caballero. La novelista novelable*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Rodríguez-Luis, Julio (1979): «Edición, introducción y notas» de Fernán Caballero, *La familia de Alvareda*, Madrid, Clásicos Castalia, pp. 7-65 y 194-272.
- Valencina, Diego de (1919): *Cartas de Fernán Caballero, coleccionadas y anotadas*, Madrid, Hernando.